posible. Os prohibo que penseis en provocarle de nuevo así que esteis curado; y si cometeis la locura de no obedecerme, yo me interpondré entre vuestras espadas para evitar el duelo.

"Me parece que os oigo decir que la situacion es la misma.

"Nó, cien veces nó. Es, por el contrario muy diferente.

"Desde que he estado á punto de perderos, he comprendido hasta que punto os amaba. Por ser vuestra esposa estoy dispuesta á todo, y antes que os veá exponeros de nuevo sacrificaré hasta el honor, ó mejor dicho mi reputacion, porque sé cuan sagrado es mi honor.

"Si fuera preciso, Héctor, partiríamos juntos, abandonariamos Paris sin dejar huella de nuestra fuga. Mi padre cuidará de las publicaciones legales, y celebraremos nuestro matrimonio en alguna ciudad de Inglaterra, de Italia ó de Alemania, en el consulado de Francia.

"Una vez casados, nada tendriamos que temer; mi perseguidor se consideraria vencido y no se atreveria á molestarnos.

"El porvenir es nuestro, querido príncipe.

"Nada de imprudencias, y sobre todo nada de reincidir. Curaos. Curaos para ser amado y para ser feliz. Vivid, en fin, para aquella de quien sois vida." . . . . . .

. . . . . .

Lazarine, que no habia firmado la carta que dirigia á Marcelo Laugier, firmó ésta; despues encargó á un criado que montase á caballo y dejase las cartas en el correo de Orleans, con objeto de que saliendo aquella misma noche fueran repartidas al dia siguiente en Paris.

Volvamos al castillo de Gordes.

VI

Han pasado tres dias.

El estado de la condesita era cada vez mas grave.

El mal, como sabemos, habia respetado hasta entonces su inteligencia, clara y lucida á pesar de contínuo padecer.

Una somnolencia física y moral paralizaba sus miembros y entorpecia sus ideas.

Hubiérasela creido dormida á no ser por sus grandes ojos, cuya mirada fija tenia algo que espantaba.

Habia cesado casi de sufrir; algunas veces

murmuraba, como al principio de su enfermedad:

—No siento ya mi cuerpo.....

Renée pasaba los dias enteros á la cabecera de la cama de su hermana, muda, inmóvil, en una actitud trágica, con extraña expresion en su bello y pálido rostro de esfinge. Máximo Giraud, adivinando los terribles síntomas precursores de un fin próximo, blasfemaba de la impotencia de la ciencia, acusaba á Dios y á los hombres, y hasta se maldecia á sí mismo.

Raoul, desesperado, iba y venia de un lado á otro del castillo, como una alma en pena, tratando de engañar, por la fatiga física, su inconsolable dolor, arrodillándose ante la cabecera de Juana, besando la mano inerte de la adorada moribunda, y luego, ahogado por las lágrimas, saliendo de la habitacion para poder sollozar con entera libertad.

Juana parecia no ver nada de lo que pasaba á su alrededor, y se aletargaba mas y mas, lo cual no era estar despierta ni dormida por completo.

De vez en cuando, sin embargo, un débil resplandor iluminaba su apagada mirada, y cierta especie de dolorosa inquietud se pintaba en su rostro.

Y es que del naufragio moral de sus facultades mentales se habia salvado una idea que so-

brenadaba, reavivando el sufrimiento moral en la pobre mártir.

Esta idea ya la conocemos: se la hemos oído expresar á la señora de Gordes, llorando con amargura sobre el pecho de Lazarine en el momento preciso en que Renée franqueaba el umbral de la habitacion.

Es sabido que en los últimos dias, y aún en las horas supremas que preceden á la agonia, prodúcese á veces luchas inesperadas entre la vida desfallecida y la implacable muerte.

El alma, antes de separarse del cuerpo, recobra toda su lucidez.

El cuerpo á su vez, como sometido á la accion de un galvanismo poderoso y misterioso, se rebela contra el próximo aniquilamiento; parece que revive, y los que ya lloraban, engañados por esa falsa apariencia, recobran la esperanza perdida.

Confían en una posible curacion, y esta confianza, por desgracia, es solo una hora mas de respiro que concede la muerte á su presa en la mañana del cuarto dia.

El fenómeno cuya existencia acabamos de comprobar se verificaba en Juana.

El lecho de la condesita, grande y de estilo de Luis XVI, estaba colocado en el centro de la habitacion y solo estaba unido á la pared por la cabecera.

Eran las doce menos algunos minutos.

Raoul y Renée, sentados uno á la derecha y otro á la izquierda de aquel lujoso lecho, hecho para el amor y no para la agonia, miraban con la misma atencion á la niña, tan blanca como el lienzo y los encajes del almohadon sobre que descansaba su cabeza.

El conde hubiera dado su vida por salvar á aquella criatura.

Renée contemplaba con frialdad á su víctima y se regocijaba del éxito de su infame obra. Y la sombria envenenadora se decia sin remordimiento:

—Me lo habia robado, y todo lo recobro. Era de justicia.

Juana hizo un ligero movimiento, un relámpago animó por un instante su mirada, dibujóse en sus labios una sonrisa, y con débil voz, pero muy clara, murmuró:

—Os estaba viendo á los dos perfectamente, queridos Raoul y Renée. Parecia que estaba durmiendo, pero no dormia, pensaba.

—¿En qué pensabas, querida?—preguntó vivamente el conde reclinándose hácia Juana y cubriendo de besos su frente.

—En los que me aman de todo corazon y á quienes amo con toda mi alma. En vosotros y en Lazarine—exclamó la condesita, pero sobre todo en vosotros dos.

—¿Como te encuentras?—prosiguió Renée.

—No acierto á explicar lo que experimento. Parece que despierto de un sueño interminable.

—¿Te sientes fuerte?

—No mucho. Quisiera cambiar de posicion y no puedo. Ayudadme. Hace tanto tiempo que estoy echada.... Sentada en el lecho estaré mejor.

El conde y Renée se apresuraron á ejecutar el deseo de la enferma. Levantáronla suavemente y pusieron los almohadones detras de su espalda.

Juana sonrió nuevamente:

—No me equivocaba; así estoy mucho mejor.

Hacia dos dias que la señora de Gordes no hablaba. Parecia vivir de milagro.

El cambio que acababa de operarse en ella parecia una resurreccion.

El conde, loco de alegria, se dijo:

—Dios hace quizá un milagro. Una crísis saludable se producia sin duda alguna cuando yo creia que no habia salvacion.

Y añadió en voz alta, con indecible expresion de alegria:

—Mirad, Renée; mirad á nuestra querida Juana. Está trasfigurada, y mi corazon me dice que empieza el alivio.

—Tambien el mio me lo dice—contestó la

segunda hija de Julio Leroux,—y la esperanza que me dá se vé confirmada por mis ojos. La convalecencia de Juana ha dado un gran paso. Todo se reanima en ella. Circula la sangre bajo la epidérmis, cuya palidez empieza á sonrojarse. Cede la fiebre. Muy pronto recobrará las fuerzas.

La condesita escuchaba sonriéndose siempre, pero la expresion de su sonrisa era desesperada.

—Querida mia—continuó Raoul,—Nuestro buen doctor Giraud verá con placer esta mejoria repentina, que seguramente preveia, pero que no esperaba tan pronto. ¿Quieres que vaya en su busca y le conduzca aquí?

—Nó—dijo,—ahora no.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hablarte de cosas que no admiten espera. Deseo hablar contigo, Raoul.... y mucho.

—¡Mucho!—repitió el conde asombrado.

—Sí.

—¿No temes cansarte, querida mia?

—¿Y qué importa? La conversacion que vamos á tener es de demasiada importancia para retardarla siquiera por una hora. Debo aprovechar el momento de lucidez que Dios me concede.

—Pero yo confio en que ese momento se

prolongará, estoy seguro, y pronto volverás á tu estado normal.

—¡Quién sabe!

—¡Yo... yo lo sé... y Renée tambien!

—¿Quién puede contar con el porvenir?—murmuró la señora de Gordes.

—Respondo de él—continuó Raoul.—Pero, en fin, habla, querida mia, ya que así lo quieres. Te escucho.... ¿de qué se trata?

—Renée—dijo Juana,—dame tus manos.

La jóven alargó á su hermana sus manos heladas.

La condesita las oprimió dulcemente entre las suyas, y continuó:

—¡Bésame!

—Con toda mi alma—balbuceó el Cain hembra, tan infame como el fratricida, apoyando sus labios en la mejilla de su hermana, la cual continuó:

—Sabes cuanto te amo, querida Renée. Sabes lo reconocida que estoy á tu incomparable ternura, á tus incesantes cuidados, á tu desinteresado afecto. Quiero á mi padre y á Lazarine; pero los dos grandes afectos de mi vida sois Raoul y tú. ¿No lo dudas, verdad?

—Nó—contestó Renée.—No lo dudo.

—Nada que parta de mí puede causarte pesar—continuó la condesa.

—Nada.

—Ninguno de mis actos puede parecerte inspirado por la desconfianza.

—Ninguno.

—Puesto que es así, y lo esperaba, te ruego me dejes sola con Raoul. Lo que tengo que decirle solo puede ser oído por él, y no me creo con derecho para hablar en tu presencia, aunque seas tan buena hermana como eres para mí.

Renée se levantó.

—Querida hermana—murmuró,—¿á qué tantas prevenciones oratorias para pedirme la cosa mas sencilla del mundo? Te dejo, pero no saldré de mi habitacion. Así que me necesites, Raoul irá en busca mia.

Renée besó otra vez á su hermana y salió de la habitacion.

Al salir iba pensando así:

—¿Qué tiene que decirle? ¿Se trata de una niñeria, ó de esas confidencias *in extremis* que son siempre graves? Es preciso que yo lo sepa. Escucharé.

Al llegar á la puerta levantó los cortinones de los *Gobelinos* que servian de anteportas; se volvió, sonrió á Juana, y dejando caer las cortinas detras de sí, desapareció.

De pié junto al lecho, y sin adivinar el motivo de la misteriosa conversacion que la señora

de Gordes solicitaba de él, esperaba muy conmovido el conde.

—Querido Raoul—dijo la condesa,—siéntate.

El conde aproximó un sillon.

—Nó—dijo Juana,—así no. Siéntate en el lecho, muy cerca de mí. Apoya tu brazo en mi espalda. Así me sostendrás, y podré hablarte mejor. Qieres complacerme, ¿no es cierto?

—Yo quiero siempre lo que tú quieras, bien mio.

Y el señor de Gordes obedeció las indicaciones de la angelical enferma.

Juana reclinó la cabeza en el hombro de su marido, y murmuró:

—Antes de empezar, quiero pedirte dos cosas.

—¿Cuales?

—Un perdon y una promesa.

—¿Perdon? ¿Y de qué tengo yo que perdonarte, pobre niña?

—Del digusto que voy á causarte. Es preciso que me concedas la gracia que voy á pedirte, cualquiera que sea.

—No te entiendo, pero lo prometo.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor.

—Acepto tu juramento, querido Raoul. Y ahora escucha.